

DURANTE algunos días, los nuevos rebeldes de Grecia pudieron mantener la sensación de que su golpe de estado se dirigía a restaurar una democracia real en lugar de la ficción ofrecida por Papadopoulos; no sólo algunos observadores extranjeros, sino también políticos griegos se dejaron llevar por esa ilusión y hasta por el rumor de que los golpistas habían entrado en relaciones con el exiliado Karamanlis —que fue primer ministro con Papagos en los años cincuenta y se le considera hombre de buenas compendias— para que formase un gobierno civil de unión nacional. Esperanzas rápidamente perdidas. Todo parece indicar que la ambigüedad deliberada de las declaraciones oficiales en los primeros momentos tenía por objeto engañar a la oposición democrática y dejarla inactiva, a la expectativa, hasta que el poder se hubiese consolidado. Por eso habría tardado unos días en exponer su programa el nuevo gobierno presidido por Andrustopulos; y aún éste, más que un programa, es una repetición de tópicos sin ninguna consistencia política. Tanto en las palabras del primer ministro como en las aclaraciones hechas posteriormente por el portavoz del gobierno, Constantino Rallis, se sostiene la idea de restaurar la democracia una vez que se haya educado al pueblo griego para ella. Triste ironía para el país que inventó palabra y sistema hace más de dos mil años; y dudosos educadores los nuevos dueños. Se ha preguntado a Rallis cuánto tiempo cree él que se tardaría en esta operación educativa, y ha dicho que es «cuestión de meses». ¿Cuántos meses? «No quiero decir veinticuatro, treinta o cuarenta meses, sino probablemente, doce o catorce». Todo parece indicar que el golpe ha sido más bien un ajuste de cuentas entre grupos rivales. Se dice ahora que Papadopoulos se había dejado llevar por la corrupción, que había envuelto en ella a sus familiares, amigos y colaboradores. De hecho, el lunes ha comenzado una amplia operación de depuraciones en los ministerios, en los grandes y pequeños puestos oficiales.



GRECIA: EL JUEGO DE LAS AMBIGÜEDADES

Hay otras explicaciones del golpe: que la democracia ofrecida por Papadopoulos asustaba a los grupos de extrema derecha —de hecho, ha sido definida como un camino al caos y a la anarquía—; que los militares de carrera se habían indignado de que el ejército se viese envuelto en las represiones sangrientas de los movimientos estudiantiles de los primeros días de noviembre; no falta la explicación de las maniobras de la CIA, sobre la información de que Papadopoulos se había negado a la instalación de una nueva base aérea en el norte de Creta, a la utilización militar del aeropuerto de Eleusina y a la ampliación de la base naval de Salamina, instalaciones que el Pentágono consideraría vitales para la solidez de su posición en el Mediterráneo oriental. De hecho, todos los golpis-

tas de ahora están definidos como fuertemente proamericanos.

Empiezan a emerger nuevos nombres. El principal es el del general Ioannidis, jefe de la policía secreta. Se dice que es hombre que gusta de estar en la sombra —relativa— desde donde manejar el poder, y que tanto el nuevo presidente de la república, Ghizikis, como los ministros civiles, han sido designados por él. El mismo no niega su creación: «Tomé esta iniciativa —ha dicho estos días, refiriéndose al golpe de estado— para sacar a las fuerzas armadas del difícil punto en que se encontraban y para sacar al país de la situación». La policía que dirige Ioannidis no ha sido remisa en la reducción y tratamiento duro de la oposición desde 1967; el general tiene una antigua reputación de

hombre duro, implacable y con una posición política muy definida que le aleja tanto de la democracia como de la restauración monárquica que algunos vieron como posible por la amistad y devoción del nuevo presidente de la República por el Rey Constantino. Se asegura que Ioannidis convocó algunos políticos liberales a su despacho para pedirles colaboración, y que éstos, después de haberle escuchado, se negaron. Ya se sabe que ha sido él quien, personalmente, ha convocado a los propietarios —no a los directores— de los periódicos de Atenas para darles las consignas de la nueva situación, al mismo tiempo que levantaba la censura de prensa. Estas consignas serían las de no hablar de elecciones y «no entretenerse chupando el caramelo de la Constitución» (se dice que esta frase es textual).

Sin embargo, no hay seguridad ninguna de que la mayor parte del Ejército esté tras Ioannidis, y más bien parece que éste no es todavía el poder absoluto en Grecia, sino que está intentando serlo. Se cita un grupo de generales de los que la cabeza principal sería el general Papanikolau, jefe del Estado Mayor de Aire, que son realmente partidarios de que el ejército se retire visiblemente del poder, aunque mantenga una vigilancia estricta para que éste no caiga en manos de las personas o grupos que no desea; serían parlamentaristas, partidarios de los partidos políticos y de las elecciones. La táctica de ambigüedad de los primeros días del golpe habría sido dedicada, además de a la oposición de la calle, a estos jefes militares que pueden estar colaborando con el régimen —los aviones de Papanikolau volaron sobre Atenas en el primer momento, para mostrar la solidaridad de la aviación con los rebeldes—, con la idea de transformarlo en un sistema turco. Habría otros grupos partidarios pura y simplemente de volver al punto de partida, anulando enteramente el golpe de 1967 y llamando a Constantino de nuevo para que dirigiese una monarquía con la Constitución antigua. Puede ser que entre los seis altos jefes del

EL NUEVO MISTERIO DEL VIEJO CONFUCIO

ejército, que se dice que han sido depurados estos días, hubiese algunos de éstos.

La Constitución que se está preparando —y que debe reemplazar a la de «caramelo» promulgada por Papadópulos y aceptada por referéndum, definitivamente apartada ya antes de haber empezado a funcionar realmente— puede ser un terreno de batalla para estas fuerzas opuestas. Quizá lleguen a un pacto, a un compromiso; pero quizá haya una ruptura y un nuevo golpe interior.

Todo parece indicar que el incidente no ha terminado. Los elementos que hay que tener en cuenta ahora son: la fuerza del pueblo griego hacia la democracia, que no ha cedido —más bien se ha acrecentado— a pesar de las represiones de los últimos seis años, como han demostrado los movimientos de la primera quincena de noviembre; los diferentes puntos de vista entre los actuales dirigentes de Atenas; las posibilidades de un cambio de situación —a mejor o a peor— en las actuales tensiones internacionales en la zona del Mediterráneo oriental, donde las islas y la Grecia continental son tan importantes; la mejora o el empeoramiento de la situación económica y social, que está sin resolver desde 1967 —y, naturalmente, desde antes—, sobre la que recaen actualmente los problemas de la crisis de energía y de la recesión internacional; las presiones que puedan hacer los países de la Comunidad Europea, sobre todo, en un momento en que necesitan revisar rápidamente su política común, y la necesidad que tenga Grecia de formar parte de esta Comunidad y de restaurar su economía por la vía del Mercado Común.

La misma manera con que el nuevo régimen está manejando la situación por el momento, la necesidad de plegarse a tácticas y a ambigüedades, de no llenar las cárceles y hasta de liberar a algunos presos políticos y prometer la libertad de los estudiantes detenidos —sin embargo, todavía están en las prisiones— indican que nada está concluido todavía y que la forma enteramente dura no se puede aplicar en estos momentos a Grecia. ■ J. A.

China ha vuelto a enzarzarse en una disputa filosófica acerca de Confucio. El hecho de que Confucio gobernase y enseñase sus doctrinas hace dos mil quinientos años —exactamente, vivió entre el 551 y el 479 a. de C.— hace pensar que esta pasión y estos estudios no se refieran concretamente a él, sino que se trate de una de las metáforas propias de los países donde la claridad es peligrosa. Cuando se escribe Confucio, ¿se está queriendo escribir Chu En-lai? ¿Quizá Mao Tse-tung? ¿Hay alguna referencia a las relaciones con la URSS, a la posibilidad de introducción de la noción de beneficios en la agricultura? ¿Puede sospecharse que incluso se está hablando de Confucio, cuya influencia no ha dejado nunca de sentirse en Asia? Un dato de los sinólogos: cuando hace unos años empezó a discutirse a Confucio, es que estaba comenzando la revolución cultural. Ahora, unos días antes del X Congreso del Partido, el filósofo Yang Jung-kou publicó un artículo sobre Confucio bastante severo. Explicaba que cuando las fuerzas del feudalismo —que representaba un movimiento progresivo en su tiempo— comenzaban a poner un poco de orden en la anárquica casa china, Confucio realizó un esfuerzo para restaurar el antiguo orden esclavista y para sostener las antiguas «relaciones de producción».

La época de Confucio fue la del final de la dinastía Chu, que se iba haciendo débil; el emperador se había convertido en figura decorativa, los vasallos se iban haciendo independientes, los comerciantes y los campesinos comenzaban a ganar en importancia a los príncipes. Cuando Confucio llegó a ser primer ministro, trató de restaurar el orden antiguo. «Yo no he creado nada —decía a sus discípulos—: lo único que he querido es restaurar la tradición». Pero sin perder de vista el presente: «Aprender de los antiguos, pero en el marco de nuestro tiempo». Lo que veía suceder en torno suyo le parecía no una evolución ni una revolución, sino una inmensa corrupción. Su acción, sobre todo, era la de un moralista, de la línea de los guardianes del orden. Todo poder viene de Dios —del Cielo, decía— y se manifiesta en los Sabios. Es único y en forma de pirámide. «En el Cielo no hay dos soles; en la Tierra, no hay dos reyes. En una familia no hay dos jefes; estar arriba no puede ser estar dos veces arriba. Esto muestra que el pueblo debe dividirse en señores y súbditos. Pero si el señor no recuerda en las ceremonias la existencia del Cielo,

los grandes ministros no recordarán la existencia del señor. Puede temerse que, entonces, el pueblo tenga dudas». Quien ejerce este poder debe ser de una pieza, inmóvil, eternamente igual a sí mismo: «Gobernar su país con la virtud y la capacidad necesarias es parecerse a la estrella polar, que permanece inmóvil en su sitio mientras las otras estrellas circulan a su alrededor y la toman por guía». La sociedad debe estar gobernada por una «élite», por unos Superhombres (los Caballeros): no tienen por qué serlo de nacimiento, sino formados en el estudio, conocedores de la administración del estado. No necesitan, sin embargo, ejercer la crueldad. «No es preciso matar para gobernar. Cuando el Príncipe quiere el bien, el pueblo es bueno. La virtud de los señores es como el viento; la del pueblo, como la hierba. El viento que pasa sobre la hierba la inclina, con toda seguridad». Porque la naturaleza del hombre es buena, «la naturaleza del hombre es, naturalmente, buena, como el agua discurre, naturalmente, hacia abajo. Pero si comprimiendo el agua con la mano se la hace saltar, podrá hacérsela sobrepasar la altura de uno mismo. Si al oponérsele un obstáculo se la hace remontar su curso hacia el manantial, ¿podrá llamarse a eso la naturaleza del agua? Es un efecto de la presión. Los hombres pueden ser llevados a hacer el mal: su naturaleza lo permite de esa manera». La imagen del reino es la de la fami-

lia, base absoluta de la sociedad. El soberano es un Padre; pero el Padre es un soberano. «El hijo debe cubrir las necesidades de sus padres antes que ninguna otra cosa; su mujer y sus hijos vendrán después». Pero «Hoy, para que alguien se considere con devoción filial, le basta con alimentar a sus padres. Pero también uno alimenta sus perros y sus caballos. Si no añade la veneración, ¿qué diferencia puede haber?». El trabajo en la familia debe ser objeto de una división entre el hombre y la mujer, con campos de acción privados. La esposa puede ser repudiada por siete razones: desobediencia a sus suegros, no tener hijo varón, adulterio, celos por las concubinas, lepra, hablar demasiado y robo. Pero puede haber tres atenuantes que la eviten ser repudiada: la ausencia de familia que pueda recogerla, haber llevado durante tres años luto por sus suegros y el cambio de fortuna de su marido (que se case con un hombre pobre y éste prospere). Tecnócrata, paternalista, autoritario, Confucio dotaba de modernidad a sus viejas tradiciones, añadiendo otras virtudes para el soberano y para el Caballero: no ambicionar fortuna propia, amar la justicia sobre todas las cosas, odiar la guerra («no hay guerras justas», decía), no considerar la existencia de clases sociales (no hay más diferencias que las de la educación, y todos deben ser educados de la misma manera) y el ejercicio per-



Los artículos y discursos del nuevo anticonfucianismo parecen dirigidos no a Mao, cuyos valores actuales están por encima de cualquier Confucio, sino a Chu En-lai, al que los atacantes consideran como alguien que intenta restaurar las tradiciones sin adecuarlas excesivamente a los tiempos actuales.